

“La turba que murmura”: un relato sobre la identificación de los soldados argentinos en el cementerio de Darwin

Sebastián F. Paris¹

UNAJ - EIDAES

sparis3850@gmail.com

Resumen

A partir del cruce de géneros narrativos como la Historia, la literatura y la crónica, este texto intenta disparar algunas palabras sobre el proceso de identificación de los soldados argentinos caídos en la guerra por las Islas Malvinas/Falklands. A partir de la entrevista a Geoffrey Cardozo (Capitán inglés que llevó a cabo la búsqueda y luego las inhumaciones de los cuerpos de los soldados argentinos en las Islas) y la elaboración de su informe de reentierro, reconstruimos aquel episodio y su estela en el contexto actual.

Crónica de investigación

La restitución de la identidad de los soldados argentinos en las Islas Malvinas sigue siendo materia pendiente. A pesar de los avances en materia de identificación por parte del Equipo Argentino de Antropología Forense y la Cruz Roja Internacional, todavía quedan soldados por identificar, rostros que atar con nombres y apellidos para familias que buscan a 43 años de aquel conflicto, tramitar el duelo de la pérdida.

Me taladró la cabeza, me dejó pensando. Un libro efectista. Cuando leí *Aparecida* de Marta Dillon tuve que, necesariamente, establecer relaciones con los muertos de Malvinas, esas Islas tan, pero tan misteriosas:

¿La encontraron? ¿Qué habían encontrado de ella? ¿Para qué quería yo sus huesos? (...). De huesos empecé a hablar más tarde, frente a la evidencia de unos cuantos palos secos y amarillos iguales a los de cualquiera. (...) Esquirlas de una vida. Destello marfil que desnudan las aves de carroña a campo abierto. (...) Después, los huesos. Chasquido de huesos, bolsa de huesos, huesos descarnados sin nada que sostener, ni un dolor que albergar. Como si me debieran un abrazo. Como si fueran míos. Los había buscado, los había esperado. Los quería. (Dillon, 2015)

Se tratan, nada más y nada menos, que de los huesos de su madre. Pensé que en estas palabras que bien sintetiza poéticamente Dillon (hija y prolífica cronista de una -ya desaparecida), también se verían reflejados los familiares de los “caídos en Malvinas”. Para los familiares no son “muertos”, son *caídos*, diferencia clave que implica considerar que cayeron peleando -aunque estas formas de acercarse no están saldadas para la sociedad argentina, que en algunos casos los sigue pensando como “víctimas”. Y sí, las palabras importan porque estamos hechos de ellas. No soy quién para juzgar si así deciden recordarlos sus familiares. “Madres de Malvinas - Madres de Plaza de Mayo”, pensé. La asociación vino como un rayo. Ambas madres de un dolor introducido hace años como polvo fino que se lleva adentro del cuerpo, que está, aunque no se vea. Sólo que tenía que mudar el contexto -unas Islas *demasiado famosas* en el Atlántico Sur, como dijera Borges- y los actores y actrices -ya no la figura del *desaparecido o desaparecida*, sino la del *soldado argentino sólo conocidos por Dios* y sus familiares que los buscaron por cielo, mar y tierra.

Es noviembre de 2024 y me contesta con toda su cordialidad y distancia británica que “sí”. Que acepta una entrevista para hablar sobre la tarea monumental (sí, adjetivo yo) que desarrolló en las Islas semanas después de la derrota argentina en junio de 1982. Se trata de Geoffrey Cardozo, Capitán inglés y encargado de enterrar a los soldados argentinos. Hoy, veterano de guerra y jubilado.

-No suena muy inglés tu apellido, le digo.

-Mi familia era de la Península Ibérica. Antes de que se formaran España y Portugal. Las fronteras eran transparentes en esos días y nos fuimos de Portugal a Londres, hace unos 400 años.

Estamos en el café *La Biela* del Barrio de La Recoleta y el calor ya nos quema las pestañas. Ese barrio es un destino que muchos turistas suelen elegir para alojarse porque sería más seguro, en una Argentina que la piensan favelizada. Pero Geoffrey no es un turista más. Va a viajar con un contingente de familiares de Malvinas nuevamente al Cementerio de Darwin. Ya lo ha hecho en otras ocasiones. Y tal es el miedo de Geoffrey

que cuando tomo mi café veo un pequeño libro sobre la mesa titulado *El contrato social* de Rousseau. "¿Lo estás leyendo por algo en especial?", le pregunto. No dice una palabra. Y mientras fuma su pipa -creía que las pipas eran ya estudio de la arqueología- abre la tapa y aparece su celular. "Para que no se den cuenta, porque un libro no lo van a robar", me responde en un "spanglish" mientras me guiña un ojo. "Puede ser", le contesto. Pero, quizás, está subestimando a los ladrones. El joven personaje del escritor Roberto Arlt en *El juguete rabioso*, una vez que roba los libros, no los usa como mercancía-dinero. Los usa como valor de uso, los consume, se enamora de ellos y se los lleva.

A las 12 de la noche me reuní en un café (...) a ultimar los detalles de un robo que pensábamos efectuar (...): despojar la biblioteca de una escuela (...) ¿y en qué llevamos 28 tomos? estás locos vos..., (...) Che ¿sabes que esto es hermosísimo? me lo llevo para casa. (Arlt, 2011)

Se lee en esa memorable novela. Así que, Geoffrey, tené cuidado le advierto.

El 2 de abril es para la sociedad argentina una fecha cargada de significado. Aunque no siempre fue así: antes de 1982 se conmemoraba el 10 de junio. Esto se debe a que, en 1829, el Gobierno de Buenos Aires designó a Luis Vernet como el primer comandante Político Militar de las Malvinas. Pero, a partir de 1982, Malvinas se convirtió en sinónimo de guerra y muerte. Hoy, los muertos argentinos, habitan las Islas en el Cementerio de Darwin, como materia y como ánimas, si se me permite. Allí murieron tres mujeres isleñas cuando tomaban el té o cenaban por una bomba inglesa. Fue un accidente, según se dice. Murieron 255 soldados británicos y otros tantos por suicidios cuando las armas se mutearon. En cambio, murieron 649 soldados argentinos y, según datos extraoficiales de los propios veteranos de guerra argentinos, más del doble se suicidaron cuando volvieron al Continente. ¿Volvieron?, me pregunto. ¿Se puede volver después de esa experiencia bélica? No lo sé, pero seguro ya no se puede ser el de antes.

Hasta el momento y en base al Plan Proyecto Humanitario (PPH), se han recuperado e identificado a 121 soldados argentinos en 121 sepulturas examinadas, de acuerdo con Virginia Urquizu, integrante del reconocido Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF). Después de un convenio entre 2017 y 2021, con la Cruz Roja Internacional, el EAAF y de los gobiernos argentino y británico, se procedieron a las identificaciones. Restan todavía exhumar 5 cuerpos -o sus restos- en el Tercer Plan Proyecto Humanitario, que no cuenta con fecha de inicio ni acuerdo entre las partes. A 43 años de aquel conflicto bélico, todavía las familias pugnan por saber, por ponerle rostro a esas tumbas acechadas por los potentes vientos sur atlánticos.

Me distrae, Geoffrey me distrae, pero me digo rápidamente que tengo que enfocarme. El tic que tiene es una mueca en el labio derecho que repite constantemente aun en su serenidad y, sobre todo, cuando lo estoy obligando -aun cuando haya aceptado- a escarbar en los recuerdos que lo llevan a esos meses en que estuvo en las Islas. Quizás sea la forma que tiene de lidiar con el cuerpo y su rostro, con eso que vio y quiso no haber visto. El cuerpo también es un campo de batallas, me digo. Gracias a su *Informe sobre la operación de reentierro argentino* que redactó mientras estuvo entre junio de 1982 y febrero de 1983, se pudieron cotejar con posterioridad los datos genéticos (pensemos que todavía no existía el ADN), posiciones donde murieron y elementos de los soldados argentinos que hoy descansan en el Cementerio de Darwin. Fue posible porque los enterró como se debía (con dos bolsas de PVC para que los cuerpos se conservaran lo mejor posible, justamente porque sabía que los iban a identificar algún día). Aunque los pri-

meros en enterrar como pudieron a sus compañeros fueron los propios soldados argentinos. Lo hicieron dejándolos en alguna fosa común apilados de a 3, dentro de una trinchera o los taparon con alguna frazada en un cerro cerca de una piedra. Fue una tarea difícil porque estaban en repliegue y en un estado de conmoción inconmensurable.



Créditos: Goffrey Cardozo. Malvinas/Falklands. Circa 1982.

Las historias sobre las que le pregunto y me cuenta -tomo respiración para atenderlas- tratan sobre el estado en que se hallaban los soldados argentinos al momento de haberse ido de este mundo. Placas identificatorias vírgenes -ante las cuales sus altos mandos les habían ordenado que con un cuchillo trataran de raspar el metal y consignar sus datos personales y grupo sanguíneo; o bien hacerlo en esa placa, pero atarla junto a un papel con cinta scotch con lápiz o lapicera mediante. Pero fue en vano. Me cuenta mientras abre sus ojazos verdes, que “la humedad y la lluvia, muy comunes para esas épocas del año en las Islas, barrieron con el agua los datos de los soldados”. Mal preparación si las hubo por parte de unas Fuerzas Armadas dictatoriales que decían venir a “ordenar el caos del país”. Al momento de *intentar identificar* los cuerpos, se buscaban objetos que dieran cuenta de la identidad de ese soldado. Con la ayuda de doce forenses e ingenieros arribados desde Londres, Cardozo comenzó a hurgar -en algunos casos en medio de las 30 mil minas antipersonales que puso el Ejército Argentino- en los uniformes de los cadáveres que ya empezaban a ser rapiñados por los pájaros y las ratas, aunque el estado de conservación era bastante bueno por el invierno; los isleños, mientras tanto, pedían un pronto enterramiento para poder volver a su vida cotidiana y no ver los cuerpos -cada vez que iban a sus trabajos- como si fueran macetas en el terreno. Trato de imaginarme en esas Islas -sí, la Literatura y la Historia permiten eso- cómo sería el olor de los cuerpos degradándose, de la carne chamuscada por las balas: ¿Qué le ocasiona con la humedad a la carne? ¿qué hay que hacer para evitar que se pudran? ¿Cómo se conservaría mejor un cuerpo? ¿qué hacer con un cuerpo destrozado? ¿cómo se dispo-

nen de los huesos? ¿cuánto pesarán sus cenizas? Pero Geoffrey se niega a llamarlos cuerpos...

-Espero que sea la última vez que voy a utilizar la palabra cuerpo. *Había una persona*. Un cuerpo no tiene más importancia jurídica que ésta taza de café. Pero una persona tiene una identidad.

-Qué humano lo que decís. Entendiendo que un militar ve un objetivo y a enemigos.

-Detrás del uniforme, hay también un ser humano, una persona.

I understand, le contesto para empatizar con el idioma y, ahora, lo cito textual; no intervengo sobre sus palabras, aunque tenga dificultades. "Pero ¿qué es un enemigo para un militar?, le pregunto. ¿Podes explayarte más?:

-Yo no sé lo que es. Pero cuando vi a este primer soldado, he pensado inmediatamente en mi mamá. Porque cuando me marché a Malvinas, me tomó en sus brazos y me dio un beso. Nunca lo había hecho desde la edad de 6 años, cuando las madres dan demasiados besos a sus hijos. Pero era en Londres y a la edad de 32 años. Yo pensé en las lágrimas de esa madre y que su hijo nunca más iba a volver. Entonces cerré los ojos del soldado con las yemas de mis dedos, que tenía la cara con nieve y unos 18 años.

Me contengo. "Contenete para seguir. No pierdas la compostura, porque no solo es humo lo que sale de su boca", pienso. Hallar y buscar. Era la obsesión de Geoffrey en aquellos días. ¿Qué?, lo interrogo. Algún Documento de identidad, registro de conducir, o alguna carta que dieran indicios de quién era la persona muerta, en ese invierno posado sobre los vientos antárticos. Muchas de las cartas estaban dirigidas "al soldado argentino"; no fueron dirigidas a un destinatario particular. Imposible cotejarlas y *saber* a quienes iban dirigidas. Acá aparece el historiador, porque lo soy. Quiero pensar como historiador y escribir como literato; esos cruces son fascinantes.

Me parece que es una idea de nación la que imposibilitó establecer esas identidades. Porque si todos los soldados son "hijos de la patria", su identidad se subsume en una identidad mayor que sería la Nación: "uno son todos" y "todos son uno". La Nación como intento de cuerpo único. Hay abstracción, una supuesta igualdad. Pero no, no, no y no. Los soldados tienen nombre y apellido, un rostro que alguna vez ocuparon, un ropaje humano que vistieron. Algunos grupos de familiares y veteranos se habían negado -en una primera instancia- a las identificaciones: "festival de huesos", "retroexcavadoras jugando con los palos óseos al fútbol" e, incluso, un supuesto "plan británico para arrojar los cuerpos al Continente y quedarse definitivamente con las Islas". Después cambiaron de parecer.

La relación -me digo en mi fuero interior, basta de establecer tantas relaciones o voy a enloquecer- Literatura y vida, Historia y vidas -en plural- me interesan; creo que se retroalimentan y potencian, la una de la otra. Una pregunta simple pero potente ¿Por qué fue posible encontrarlos e identificarlos? Gracias a Geoffrey, en primer lugar, porque hizo un detallado informe. En segundo lugar, porque el EAAF debió recolectar información histórica, fuentes fotográficas y orales para llevar adelante las muestras. Un trabajo histórico-presente. Las Ciencias Sociales actuando en potencia en tiempos donde son fuertemente atacadas. ¿Para qué? Para *devolver su* identidad a los soldados, porque siempre la tuvieron, pero les fue arrebatada. Una identidad que el Estado Terrorista argentino negó a las familias: porque los "intereses nacionales" están por encima de los grupos familiares. Cuando el gobierno británico en noviembre de 1982 -tan responsable de la continuación de esta guerra como la dictadura argentina- preguntó qué hacer con

los cuerpos insepultos diseminados por las islas que el verano austral empezaría a inso- lar, usó una palabra -otra vez aparecen las palabras y su importancia-, la de “repatriar”. Desde el punto de vista diplomático argentino no se puede repatriar lo que se conside- ra que está en suelo propio. Entonces se autorizó sus enterramientos sin la identificación completa de todos los soldados. Madres, padres y hermanos/as, no sabían dónde acudir y a quién preguntar. Hospitales, cuarteles, casas de compañeros que regresaron o hasta algún Ministerio, fueron visitados para averiguar qué había pasado con *sus* familiares- soldados. La respuesta: un silencio filoso como una daga clavada en el pecho.

-Yo buscaba por todos lados para poder identificar a los soldados argentinos.

-¿Y encontraste?

-En algunos casos sí. En otros, sólo los Oficiales -por ejemplo, los pilotos- tenían cha- pas identificatorias. Los jóvenes que no eran profesionales, no. Estos jóvenes hicieron sus medallas personales como pudieron. Mucho tiempo después me di cuenta de que cometí un error humano. A pesar de revisar, yo no vi que esas identificaciones, podrían estar en sus botas. Porque muchos de ellos no querían que los ingleses las hallaran.

Entonces pienso que los británicos hicieron lo que no hizo la dictadura argentina: dar- les un entierro digno a los soldados. Se dirá, “después de matarlos”. Probablemente, pero lo hicieron. El trabajo de Geoffrey consistió en identificar *quién* fue ese soldado, *no cómo* murió. “Mi General, David Thorne, era un soldado muy humano”, rememora Geoffrey. Thorne es el que le ordena comenzar cuanto antes con los entierros para des- minar los campos e iniciar la reconstrucción de las Islas, pero también para cuidar a los niños que solían pasear por esos sitios. Pero vuelvo a esas palabras: *un soldado muy humano*. ¿Acaso los soldados no lo son? Sí, pero para poder eliminar al otro, hace falta animalizarlo y deshumanizarlo para que esa experiencia de matar sea menos traumáti- ca. En *La esperanza entre los dientes* John Berger asevera que el capitalismo ha cambiado la relación de los vivos con los muertos:

¿Cómo viven los vivos con los muertos? hasta antes de que fueran deshumanizados por el capitalis- mo, todos los vivos esperaban alcanzar la experiencia de los muertos. Era su futuro último (...) esta- ban incompletos. Los vivos y los muertos (...) eran interdependientes. Ahora los vivos piensan a los muertos como eliminados. (Berger, 2009)

Thorne le confiesa a Geoffrey: “este trabajo es tan importante; lo hacemos no porque somos enemigos, lo hacemos porque son soldados como nosotros, *tu trabajo ahora es recu- perar a los muertos*”. Esa es la ambigüedad sobre la que operan los Estados-Nación tra- tando de romperla entre los soldados -como máquinas de matar- y los seres humanos - como máquinas del vivir. Y cuando pienso en las máquinas del vivir, la experiencia me lleva como si fuera un cohete a gran velocidad, al EAAF y sus profesionales, a las fami- lias que siguieron buscando y no se quedaron con los brazos caídos (que debían pesar toneladas), a Geoffrey (postulado a Premio Nobel de la paz). A la Fundación *No me olvi- des* que creó el veterano Julio Aro (postulado también a este premio por la Universidad Nacional de Mar del Plata) y al Centro de Excombatientes Islas Malvinas de La Plata (CECIM): organizaciones y personas vitales para este objetivo.



Elma Peloso, madre del soldado caído Gabino Ruíz Díaz, en la película *Los sueños de Elma. Historia de una madre de Malvinas* (2023). Miguel Monforte.

Cuando le preguntaron a Adriana M. Rodríguez, hermana del combatiente caído Mario G. Rodríguez, qué era para ella identificar, dijo algo hermoso: “para mí significa vida”. Para la antropóloga Virginia Urquizu, identificar es “unir ese nombre con una historia”; armar un rompecabezas como una pieza que se ha extraviado. Y para la antropóloga forense española Mercedes Salado, “es romper la distancia, es acercar”. Unir a los vivos con los muertos; los muertos de estas guerras por los estados nacionales.

Elma Pelozo -una de las tantas madres de Malvinas- perdió a su hijo Gabino Ruíz Díaz. Hace algunos años el EAAF le entregó el informe con la identificación de su hijo (después de muchos años de elegir cualquier tumba para llorarlo). Paralelamente un grupo de veteranos le llevó también una cruz de madera blanca; las que se colocaron hace 42 años, el 19 de febrero de 1983. Esa noche, fue, apagó la luz de su habitación y se acostó con la cruz de madera en la cama y la acarició y abrazó pensando que era su hijo Gabino; su “cambacito”: en guaraní, su negrito. Quizás ahora la puso en el jardín de su casa, en Colonia Pando, Corrientes. Quizás ahora lo siente más cerca a su hijo después de saber que en las Islas tiene un nombre y apellido grabado en una lápida. Ahora, deberá pensar, duerme tapado para siempre bajo un manto de turba que lo abriga para no sufrir más el frío helado de esas tierras. Aún resta saber quiénes son esos 5 soldados insomnes que esperan debajo de la turba esponjosa de Malvinas, saber quién es quién.

Bibliografía

Arlt, Roberto (2011) El juguete rabioso. Buenos Aires: Terramar.

Berger, John (2009) Con la esperanza entre los dientes. Alfaguara. Recuperado de https://www.elboomeran.com/upload/ficheros/obras/con_la_esperanza_entre_los_dientes_paginas_web.pdf

Dillon, Marta (2015) La Familia. Buenos Aires: Sudamericana.

Notas

¹ Sebastián F. Paris (1993); IG: @sfparis_93 Es historiador y magíster en Historia Argentina y Latinoamericana por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y profesor de Problemas de Historia Argentina en la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ). Integra el Programa de Estudios de Malvinas, Atlántico Sur y Patagonia (PEMAP-UNAJ). Es estudiante de Letras y doctorando en Historia por la Universidad Nacional de San Martín (EIDAES). Ha escrito diversos artículos académicos sobre Malvinas en revistas nacionales e internacionales y columnas de opinión en diarios como *Tiempo Argentino*, *Infobae* y *Perfil*. Dicta un taller de historia reciente y literatura argentina. Allí se propone configurar un espacio destinado a la reflexión de la última dictadura argentina y los modos en que la ha incorporado la literatura en su corpus.